



Blanca Nieves

Un día de crudo invierno, mientras los copos de nieve caían del cielo como plumas, una reina se hallaba sentada hilando frente a una ventana cuyo marco era de ébano. La reina cosía distraída mientras miraba cómo caía la nieve, así que se pinchó un dedo con la aguja y tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve; al ver lo rojas y brillantes que lucían, se dijo: –¡Oh, si tuviera un bebé tan blanco como la nieve, tan rojo como la sangre y tan negro como la madera de este marco...!

No mucho después la reina tuvo una hija, cuya piel era tan blanca como la nieve, de labios tan rojos como la sangre, y el cabello tan negro como el ébano; así que le dio por nombre Blanca Nieves. Pero al nacer la niña, la reina murió.

Pasó un año y el rey tomó de nuevo esposa. Se trataba de una mujer hermosa, pero orgullosa y presumida, incapaz de soportar que nadie fuese más hermosa que ella. La mujer tenía un espejo mágico, ante el cual se paraba a menudo, y mientras se miraba en él, le decía:

–Espejito, espejito de mi corazón, dime, ¿quién es la más bella de esta región?
A lo que el espejo respondía: –la más bella eres tú.

La reina entonces se quedaba tranquila, pues sabía que el espejo siempre decía la verdad.

Pero Blanca Nieves crecía y de día en día era más hermosa; y al cumplir los siete años era tan hermosa como el día, mucho más que la misma reina. De modo que un día la reina se paró ante el espejo y dijo:

–Espejito, espejito de mi corazón, dime, ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió: –Reina, eres muy bella en verdad, pero Blanca Nieves lo es aún más.

La reina sintió que se moría; se puso verde y amarilla de envidia; y desde ese momento no resistía ver a Blanca Nieves, y en su corazón fue creciendo el odio, así como crecen las malezas, y no volvió a tener sosiego ni de día ni de noche. Entonces, hizo llamar a un cazador y le dijo:

–Llévate la niña al bosque, de manera que no vuelva a verla nunca más. Tienes que matarla y traerme su corazón en prueba de lo que has hecho.

El cazador obedeció y se la llevó al bosque; pero cuando sacó su cuchillo para atravesar el inocente corazón de Blanca Nieves, la niña comenzó a llorar y a suplicarle:

–¡Ay, querido cazador, déjame vivir; me quedaré en lo más profundo del bosque, y nunca más regresaré a mi casa!

Y como era una niña preciosa, el cazador se compadeció y le dijo: –Vete pues, niña linda—. Él estaba seguro de que las fieras salvajes la devorarían; y con eso se quitó un peso de su corazón.

Precisamente en ese momento acertó a pasar un cervatillo, lo mató, y sacándole el corazón se lo llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que adobarlo, y la malvada mujer se lo comió, creyendo que con ello había llegado el fin para Blanca Nieves.

Mientras tanto la pobre niña se halló completamente sola en medio del bosque, muerta del miedo, aterrorizada incluso de las hojas de los árboles y sin saber qué hacer. Comenzó entonces a correr sobre agudas piedras y a través de arbustos espinosos, y las bestias salvajes saltaban alrededor de ella sin hacerle ningún daño. Corrió tanto como sus pies fueron capaces de sostenerla; y cuando la noche cayó, llegó a una casita y entró para descansar. Todo allí era muy pequeño, pero tan limpio y bonito que no se podía pedir más. Había una mesita cubierta con un mantelito blanco, y también siete platitos y siete cuchillitos y siete tenedorcitos, y junto a la pared se alineaban siete camitas, cubiertas por siete colchas blancas. Blanca Nieves, que tenía hambre y sed, tomó de cada platito un poco de verdura y de pan, y bebió de cada copita un poco de vino, pues no quería dejar a ninguno sin su porción. Luego se sintió tan cansada que quiso

acostarse en una cama, pero ninguna le quedó a la medida (una era demasiado larga, otra demasiado corta); hasta que al fin se acomodó en la séptima, se quedó allí tendida, rezó sus oraciones y cayó profunda.

Cuando ya la noche había caído, los dueños de la casa llegaron. Se trataba de siete enanitos, que cavaban bajo la tierra en las montañas. Cuando prendieron sus siete lamparitas y la casa se iluminó por todas partes, se dieron cuenta de que alguien había estado allí, pues nada estaba en el mismo lugar en el que lo habían dejado.

El primero de los enanitos dijo:

—¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo dijo:

—¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero dijo:

—¿Quién ha cortado un pedazo de mi panecito?

El cuarto dijo:

—¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto dijo:

—¿Quién ha utilizado mi tenedorcito?

El sexto dijo:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

El séptimo dijo:

—¿Quién ha bebido de mi tacita?

Entonces el primero miró alrededor, y viendo que la cama tenía un hundido, preguntó: —¿Quién se ha acostado en mi camita?—; y entonces los otros se acercaron a las carreras y gritaron: —¡Alguien se acostó también en nuestras camas!—. Pero cuando el séptimo reparó en su camita, vio a Blanca Nieves que dormía en ella profundamente.



Entonces, como los otros se acercaron corriendo y con sus lamparitas iluminaron a Blanca Nieves, les dijo:

—¡Oh, Dios mío!, ¡oh, Dios mío! Qué niña más linda es ésta—, y se alegraron muchísimo al darse cuenta de que no la habían despertado, y que la niña dormía profundamente. Entonces el séptimo de los enanitos durmió con sus camaradas, una hora con cada uno, hasta cuando la noche pasó.

Al amanecer, cuando Blanca Nieves se levantó y vio a los siete enanitos, se asustó mucho; pero ellos la saludaron cariñosamente, quisieron saber cómo se llamaba y ella les dijo que Blanca Nieves; entonces le preguntaron cómo había llegado a la casa. La niña les contó que su madrastra había pretendido que la mataran, y que el cazador le había salvado la vida; y cómo ella había corrido todo el día hasta que al llegar la noche había encontrado la casita. Entonces los enanitos le dijeron:

—Si tú nos cuidas la casa, y nos cocinas, y nos lavas, y nos tiendes las camas y nos remiendas y nos coses, y mantienes la casa linda y bonita, puedes quedarte aquí y nada te faltará.

—Sí —respondió Blanca Nieves—, lo haré con todo mi corazón.

Así que se quedó en la casita y la mantuvo en orden y muy limpia, tal como ellos se lo habían pedido.



En la mañana los enanitos salían para la montaña en busca de oro, y cuando volvían en la tarde la cena estaba lista y calentita. Durante todo el día la niña permanecía sola en casa, así que los enanitos le advirtieron:

–Cuídate de tu madrastra, pronto sabrá que te encuentras aquí, así que no dejes entrar a nadie.

A todas éstas, la madrastra, convencida de que se había comido el corazón de Blanca Nieves, estaba muy tranquila pensando que ella era la más hermosa del reino. Un día se despertó con ganas de oír a su espejo; lo tomó en las manos y le dijo:

–Espejito, espejito de mi corazón, ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió:

–Reina, aunque tú eres muy buena moza, Blanca Nieves, la que vive con los enanitos en la mitad del bosque, es la más hermosa.

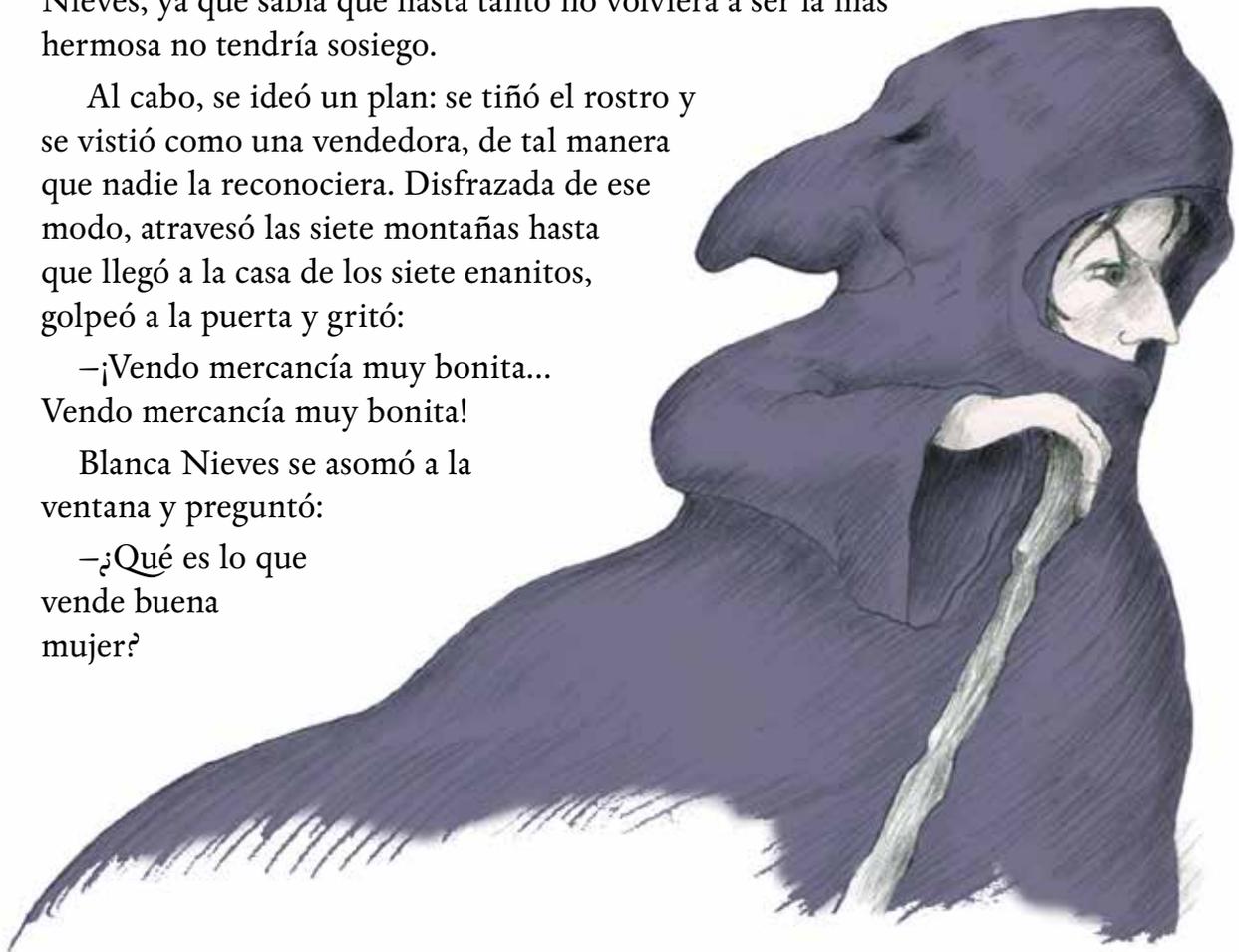
La reina se puso entonces furiosa, pues sabía que el espejo jamás mentía; no cabía duda de que el cazador la había engañado, y que Blanca Nieves seguía viva. Pensó y caviló mucho en la forma de terminar para siempre con Blanca Nieves, ya que sabía que hasta tanto no volviera a ser la más hermosa no tendría sosiego.

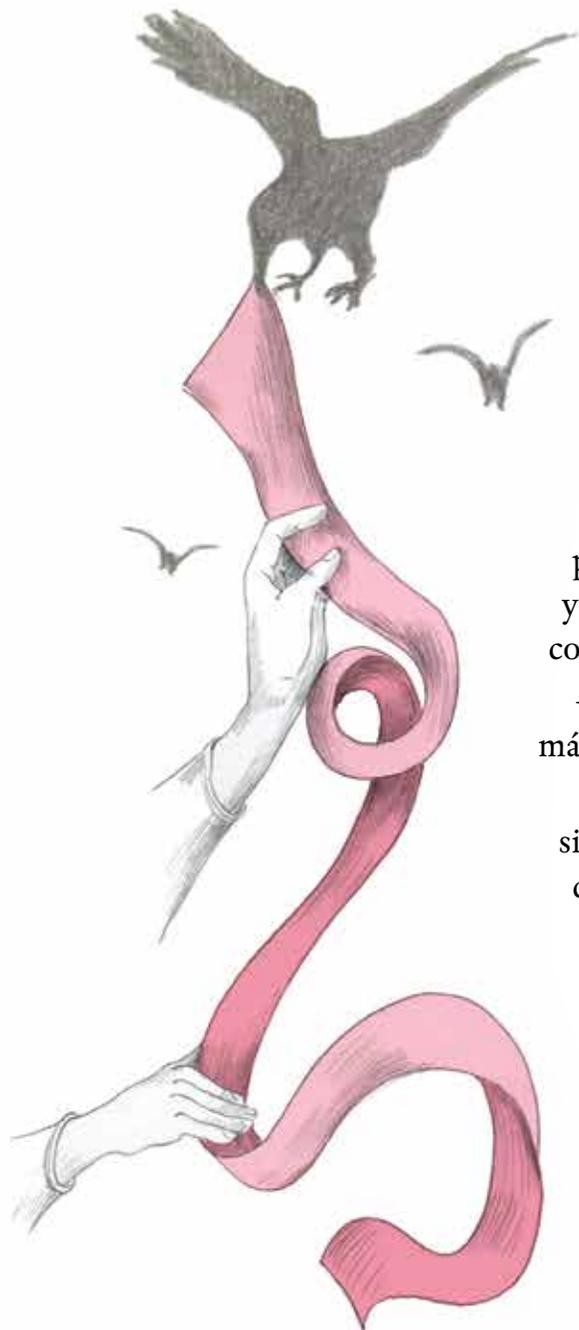
Al cabo, se ideó un plan: se tiñó el rostro y se vistió como una vendedora, de tal manera que nadie la reconociera. Disfrazada de ese modo, atravesó las siete montañas hasta que llegó a la casa de los siete enanitos, golpeó a la puerta y gritó:

–¡Vendo mercancía muy bonita...
Vendo mercancía muy bonita!

Blanca Nieves se asomó a la ventana y preguntó:

–¿Qué es lo que
vende buena
mujer?





–Buenas mercancías, lindas mercancías. Cintas de todos los colores –y sacó una cinta tejida con sedas de todos los colores.

“No tengo por qué temer si dejo entrar a esta mujer”, pensó Blanca Nieves; y abrió la puerta y le compró la cinta.

–Oh, niña, qué hermosa eres, acércate y te ayudaré a ponerte la cinta.

Blanca Nieves no sospechaba nada. Así que se acercó, inclinó la cabeza y dejó que le pusieran la cinta; pero la vieja le hizo un nudo y lo apretó tanto que la niña se desmayó y quedó como si estuviera muerta.

–Así está bien. Ahora verás si sigues siendo la más hermosa –dijo la vieja echando a correr.

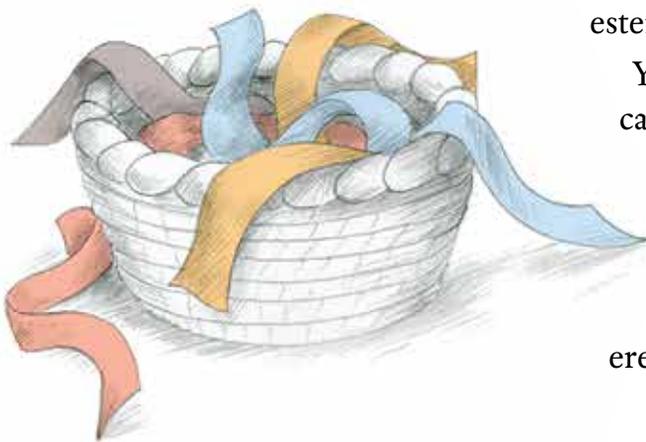
No mucho después, a la hora de la cena, los siete enanitos llegaron a la casa. Hay que ver cómo se asustaron al ver a Blanca Nieves tirada en el suelo, sin moverse, como si estuviera muerta; la levantaron, y al darse cuenta de lo apretada que estaba la cinta, la cortaron; un momento después la niña comenzó a respirar, y poco a poco recobró el aliento; y cuando se enteraron de lo que había sucedido, le dijeron:

–La vieja vendedora no era otra que la malvada reina; debes cuidarte de no dejar entrar a nadie a la casa mientras nosotros no estemos por aquí.

Y en cuanto a la reina, no bien llegó a su casa se puso delante del espejo y dijo:

–Espejito, espejito de mi corazón ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió igual que antes: –Reina, a pesar de que eres muy buena moza, Blanca Nieves



la que vive en el bosque con los siete enanitos, es mil veces más hermosa.

Al oír esto la reina se asustó tanto, que el corazón le dio un vuelco en el pecho; eso significaba que Blanca Nieves seguía aún con vida.

–Pero ahora –se dijo–, me idearé algo que la aniquile.

Y con unas brujerías que conocía, fabricó un peine envenenado. Se disfrazó luego de tal modo que parecía, completamente, otra vieja mujer. Así que atravesó las siete montañas y llegó a la casa de los siete enanitos, tocó a la puerta y llamó:

–Vendo buenas mercancías... Vendo buenas mercancías.

Blanca Nieves se asomó a la ventana y dijo: –Ándate, esta vez no dejaré entrar a nadie.

–Está bien. Sin embargo, me imagino que no te han prohibido mirar –dijo la vieja, mientras sacaba el peine envenenado y se lo mostraba. A la niña le gustó tanto el peine que estuvo tentada a abrir la puerta; una vez el trato estuvo cerrado, dijo la vieja:

–Ahora verás cómo queda tu pelo –y la pobre Blanca Nieves, sin ningún temor, dejó que la mujer le hiciera las trenzas; pero no bien el peine tocó el cabello, el veneno comenzó a surtir efecto, y la niñita cayó sin sentido.

–Ahora sí, dechado de belleza, este es tu fin –dijo la perversa mujer y se marchó.

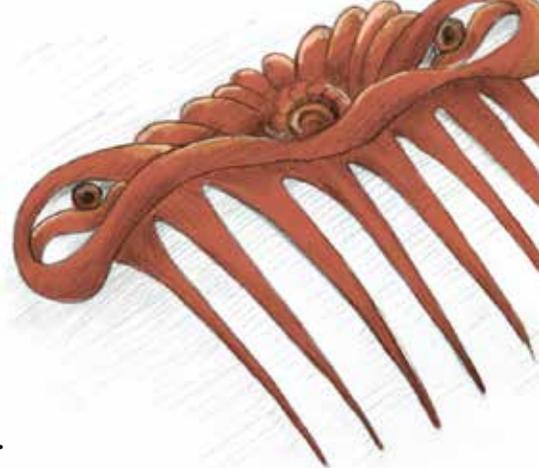
Quiso la suerte que los enanitos llegaran a la casa poco antes de que amaneciera. Cuando vieron a Blanca Nieves tirada en el suelo como muerta, no dudaron de que se trataba de otra maldad de la madrastra, y muy pronto se dieron cuenta del peine envenenado; y más tardaron en quitárselo, que Blanca Nieves en volver en sí y contarles todo lo sucedido. Entonces le repitieron una y otra vez, hasta el cansancio, que debía ser precavida y no permitir que nadie cruzara la puerta de la casa.

Por su parte, la reina llegó a su casa, se paró ante el espejo y dijo:

–Espejito, espejito de mi corazón ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió igual que antes: –Reina, a pesar de que eres muy buena moza, Blanca Nieves, la que vive en el bosque con los siete enanitos, es mil veces más hermosa.

Al oír las palabras del espejo, la reina se estremeció de la ira: –Blanca Nieves morirá, no importa si me cuesta la vida–. Y entonces se dirigió a una habitación secreta y solitaria, que sólo ella conocía, y preparó una manzana envenenada. Era tan linda, tan blanca y rosada, que todo aquél que la mirara daría lo que





fuera por morderla; pero también tan venenosa, que bastaba con probarla para morir de inmediato. Una vez la manzana estuvo envenenada se pintó la cara y se vistió como una campesina, y atravesando las siete montañas se dirigió a la casa de los siete enanos.

Y cuando golpeó a la puerta, Blanca Nieves sacó la cabeza por la ventana y dijo: –No dejaré entrar a nadie, los siete enanos me lo han prohibido.

–Está bien –respondió la mujer–, en otra parte venderé mis manzanas. No obstante, te regalaré una.

–No –dijo Blanca Nieves–, no debo aceptar nada.

–¿Temes que esté envenenada? –preguntó la mujer. –Mira, la cortaré en dos mitades; te daré a ti la parte roja, y yo me quedaré con la blanca–. Pero la manzana estaba preparada de tal manera que sólo la parte roja tenía veneno. A Blanca Nieves se le hacía agua la boca mirando su mitad; de modo que cuando vio que la campesina se comía su parte, no se aguantó sino que extendió el brazo, tomó su parte y se la llevó a la boca. No había acabado de tragársela, cuando cayó al piso sin vida. La reina entonces, mirándola de un modo terrible, soltó una carcajada y gritó:

–¡Tan blanca como la nieve,

Tan roja como la sangre,

Tan negra como el ébano!

Esta vez los enanos no podrán hacer nada para salvarte.

Y cuando llegó a su casa se paró ante el espejo y preguntó:

–Espejito, espejito de mi corazón, ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió: –Tú, reina, eres la más bella de la región.

Sólo entonces su envidioso corazón tuvo paz.



Cuando los enanitos llegaron esa noche a su casa, encontraron a Blanca Nieves tirada en el suelo; no respiraba y estaba muerta. La levantaron, buscaron si estaba envenenada, le cortaron las cintas, la peinaron, la lavaron con agua y vino, pero todo fue en vano: la niña estaba muerta y muerta siguió.

Entonces la acostaron en un féretro, se sentaron alrededor, y la lloraron por tres días seguidos. Luego, pensaron en enterrarla; pero se la veía tan lozana, sus mejillas tan bellas y sonrosadas, que decidieron que no debían sepultarla bajo la negra tierra. Hicieron entonces un ataúd de cristal, que se pudiera ver por todos los lados; la colocaron en él y escribieron su nombre en letras de oro; y debajo pusieron que era la hija de un rey. Llevaron el ataúd a la cima de una montaña, y uno de ellos permanecía siempre a su lado haciendo guardia.

Los pájaros venían a verla y se lamentaban; primero un búho, luego un cuervo, y por último una palomita. Por mucho tiempo Blanca Nieves permaneció en el ataúd sin que se advirtiera ningún cambio, sólo como si durmiera profundamente, pues aún era tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre, y su cabello tan negro como el ébano.

Un día, sin embargo, sucedió que el hijo de un rey que cabalgaba por el bosque llegó a la casa de los enanos y divisó el ataúd en la cima del monte; se acercó y vio a Blanca Nieves que yacía en él, y leyó lo que estaba grabado en letras de oro. Entonces, dijo a los enanos:

–Dadme el ataúd y a cambio os concederé lo que queráis –pero los enanos le contestaron que no se lo darían ni siquiera por todo el oro del mundo. A lo que el príncipe respondió: –Os lo suplico; no podría vivir sin contemplar





a Blanca Nieves. Si me concedéis este favor, tendréis todos los honores y cuidaré de vosotros como si fuerais mis hermanos.

Al oírle hablar así, los enanos se compadecieron del príncipe y le dieron el ataúd; el príncipe llamó a sus siervos y les ordenó que lo cargaran sobre sus hombros. Entonces sucedió que en el camino tropezaron con un arbusto, y fue tal la sacudida que la manzana envenenada salió expulsada bruscamente de su garganta. Blanca Nieves no tardó mucho en abrir los ojos, levantó la tapa del ataúd, se incorporó y dijo:

–¡Oh, Dios mío ¿Dónde estoy?

Lleno de alegría, el hijo del rey le respondió:

–Estás cerca de mí–. Y le contó todo lo que había sucedido. Luego le dijo: –Te quiero más que a nada en el mundo. Ven conmigo al castillo de mi padre y serás mi prometida.

Blanca Nieves aceptó feliz y se fue con él; y el matrimonio se celebró con mucha pompa y mucho lujo.

Pero la perversa madrastra fue también invitada a la boda; se puso un hermoso vestido y se contempló en el espejo.

Luego, muy tranquila, le preguntó:

–Espejito, espejito de mi corazón ¿quién es la más bella de esta región?

A lo que el espejo respondió igual que antes: –Reina, a pesar de que eres muy buena moza, Blanca Nieves, la joven novia, es mil veces más hermosa.

Fue tal su disgusto, que la malvada mujer se puso fuera de sí. Primero pensó en no asistir al matrimonio; pero pronto se dio cuenta de que nunca más tendría paz si no veía a la novia. Y cuando la vio, de inmediato la reconoció; pero no pudo moverse de su sitio, tales eran su rabia y su terror; pues para entonces ya le tenían preparados unos zapatos de hierro ardiente, con los que fue obligada a bailar hasta caer muerta.

